



Crónica de un disparate educativo

INCOMPETENCIAS BÁSICAS

DAMIÀ BARDERA

EPÍLOGO DE GREGORIO LURI



PENÍNSULA

Incompetencias básicas

Crónica de un disparate educativo

Damià Bardera

Traducción de Àlex Guàrdia Berdiell

Título original: *Incompetències bàsiques: Crònica d'un desgavell educatiu*

© Damià Bardera Poch, 2024

© del prólogo: Xavier Diez, 2024

© del epílogo: Gregorio Luri, 2025

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Primera edición: febrero de 2025

© de la traducción: Àlex Guàrdia Berdiell, 2025

© Raval Edicions, SLU, Pòrtic

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2025

Ediciones Península,

Diagonal 662-664

08034 Barcelona

edicionespensula@planeta.es

www.edicionespensula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Depósito legal: B. 1.084-2025

ISBN: 978-84-1100-334-6

Printed in Spain - Impreso en España



Índice

Prólogo, por Xavier Diez	9
--------------------------	---

INCOMPETENCIAS BÁSICAS

El abecé	29
Autenticidad docente	32
El Máster del Universo	34
Pastillas	38
Suerte de las vacaciones	41
CD (competencia digital)	41
Pactos tácitos	42
Marca de la casa	44
No es broma	46
El sistema	46
Pájaros de jaula pequeña	52
Disparate	53
¿Qué disparate?	55
Karamba	56
Cocinitas de juguete	59
Espirales y círculos	64

Misiones	68
Pedagogos	73
Parábola	75
Urgencias	76
Inspección	81
En voz baja	86
Alegoría	89
Pantallismo	90
Educación para la vida	93
Grupos adaptados	97
Planes individualizados	99
Guais y motivados	102
Tecnocracia y depresión	106
Flores de loto	111
Epílogo, por Gregorio Luri	113

EL ABECÉ

Hace casi diez años, al culminar el ansiado cambio de la escuela privada a la pública, estuve varios meses en el paro con la esperanza de obtener, de cara a septiembre, una plaza de interino en algún instituto relativamente cerca de casa, aunque fuera a media jornada.

Fue a media jornada, de septiembre a agosto, el curso entero, en un instituto de Figueres.

Ese año los alumnos empezaban un viernes, y yo, a primera hora, a las ocho en punto de la mañana, tenía guardia.

Desde la sala de profesores, una vez que los alumnos ya habían entrado en clase, empecé a oír gritos en el pasillo. Un bullicio que para qué. Alarmado, me acerqué.

Había dos chicas de etnia gitana, primas, que se negaban a entrar en clase. Una se estrenaba en el instituto —en primero de la ESO— y la otra tenía un par de años más. Ambas iban arrojando cuanto encontraban a su paso, insultaban a las conserjes, amenazaban a la jefa de estudios, daban coces a diestro y siniestro, chillaban...

Ante mi atónita mirada, perplejo de ver un espectáculo tan grotesco en mi primer día, totalmente mudo, las chicas debieron de sentirse juzgadas, maltratadas, o a saber cómo. La mayor me lanzó un:

—¿Qué miras? ¡Hijoputa!¹

«Sobre todo no la toques, Damià —recuerdo que pensé—, sobre todo no la toques...»

Experimenté de una forma muy directa y descarnada, sin filtros racionalizadores, la indefensión a la que estamos sometidos los docentes.

«Cuidado que no te agreda, Damià.»

En esta nuestra tierra de «progresismo pedagógico», de papanatismo educativo, ni siquiera puedes insinuar —ya no digamos defender— que maestros y profesores deberíamos tener rango de autoridad pública, que agredir a un docente debería equivaler a agredir a un agente de policía, por ejemplo, o a un policía municipal.

No, aquí debes entender la violencia del alumno, su ira, su desprecio, debes tolerarle todo lo que está escrito, respetar sus derechos y no recordarle que tiene, como estudiante, como persona y como todo el mundo, unos deberes que ha de cumplir. Tienes que dejar que el alumno se exprese libre y espontáneamente, para no contrariarlo.

Veinte minutos después, apareció el padre de una de las chicas. «Ahora igual se comportan», pensé. Me equivocaba. En ese momento aún no sabía —ingenuo de mí— que si un alumno en el instituto actúa de manera irrespetuosa, incluso violenta, en casa debe de ser un auténtico infierno.

1. En castellano en el original. (*N. del T.*)

El padre, avergonzado, tuvo que soportar los insultos reiterados de la hija y la sobrina, los gritos, la humillación, y dada la imposibilidad de enderezarlas, subió solo las escaleras que llevaban a dirección, cabizbajo, derrotado.

Al volver a los cinco minutos con los papeles de la expulsión bajo el brazo, se llevó a las chicas —o las chicas se lo llevaron a él—; ya a salvo, liberado de la tensión de tener que vigilarlas y de hacerme responsable, me supo mal, fatal. ¿Qué padre decente querría tener una hija que le insultara, que le avergonzara? ¿Cómo puede ser que unas chicas con problemas conductuales severos —problemas que, por otra parte, debían de derivar de algún desorden psicológico previo— no estuvieran debidamente atendidas? ¿Cómo llegaron hasta allí? ¿Por qué en este país no se puede hablar abiertamente de los problemas de escolarización de la comunidad gitana? ¿Podemos hacer algo los docentes? ¡¿Qué tenía que ver yo con todo aquello?!

«¿Esto es muy normal en este instituto?», pregunté a varios compañeros. «No —me contestaron los más curtidos—, suele pasar solo el primer día o la primera semana. Luego ya no vuelven.»

Efectivamente, no volvieron. Cada vez que los medios de comunicación hablan de absentismo y publican los datos del fracaso escolar en España, del abandono en la etapa de secundaria, irremediablemente pongo rostro a las estadísticas: pienso en aquellas dos chicas de etnia gitana, en la imposibilidad social, familiar y pedagógica de escolarizarlas de manera convencional y real.

No volví a verlas.

Durante mucho tiempo, he llamado la atención a aquellos alumnos que querían estar sentados en el aula con la gorra o con cualquier otra prenda que les cubriera media cara o directamente todo el cráneo. En general, los alumnos respondían bien, y yo se lo pedía con educación, incluso con un toque de ironía amable, nada hiriente.

Pero al pedírselo, si en clase había una chica con velo —o más de una—, siempre sentía la misma zozobra. Sufría por si el alumno me contestaba, insolente, señalando a su compañera de clase:

—Y esta de aquí, ¿por qué no se quita el pañuelo?

A pesar de figurarme la desagradable escena una y otra vez —le daba vueltas y más vueltas—, afortunadamente nunca me ha pasado.

«¿Qué le habría podido contestar?»

Actualmente, sin embargo, ya no les pido a los alumnos que se quiten la gorra. He desistido, he tirado la toalla. A lo sumo, les digo que estar en el aula con la gorra puesta es de mala educación, y que si algún día deben asistir a una entrevista de trabajo, más les vale presentarse con la cabecita descubierta si quieren tener alguna posibilidad de ser contratados.

El punto de inflexión llegó hace poco, un día de principio de curso, a finales de septiembre. Hacía un calor sofocante y le pedí a un alumno que, por favor, se quitara la gorra para estar en el aula. Él me respondió, indignado:

—¡Pero si el profesor M. P. entra en clase con la gorra puesta!

Tenía razón.

—¿Y no se la quita para dar clase? —le pregunté yo.

—Depende del día —me contestó él, seco y rotundo.

Enmudecí. Prefiero no hablar de otros profesores con los alumnos. Visualicé al profesor en cuestión: lleva vestimenta alternativa y los primeros días de septiembre suele presentarse en el instituto con chancletas, bañador y gorra. No diferencia entre reuniones formales, informales y clases con alumnos. Él siempre viste igual. Es un profesor auténtico; inconsciente y trágicamente auténtico. Incapaz no ya de aprobar unas oposiciones, sino de presentarse con un mínimo de garantías, de coherencia y de dignidad, a menudo falta en el trabajo —sobre todo los lunes— y el resto debemos cubrirle las guardias. Y siempre la misma historia, año tras año, curso tras curso.

De talante depresivo, inmaduro, sin hijos, fuma porros de manera compulsiva. De vez en cuando se deprime por algún desengaño amoroso —o porque su último ligue le ha dejado, como un adolescente— y no se presenta al curro. Una persona sin voluntad, a la deriva, incompetente para la docencia —y seguramente para cualquier otra labor con un mínimo de exigencia y formalidad—, una persona carente de proyecto vital sólido, emocionalmente inestable.

Da un poco de lástima, pero se trata de una lástima muy humana, demasiado humana, una realidad que los alumnos suelen ver venir de lejos y se aprovechan. Podéis dar por sentado que se aprovechan: con él —y con tantos otros profesores que disimulan la incompetencia con (mucho) laxitud— nunca suspende nadie. Actualmen-

te solo da cursos de la ESO, grupos sin demasiado compromiso, de esos por los que nadie se preocupa en exceso.

No, no es mala fe. Sencillamente son docentes que no están a la altura. No se dan cuenta —o no quieren darse cuenta— de la responsabilidad que tienen para con los alumnos. Y claro, ¿qué vas a decirles? Después de haber probado suerte en la empresa privada y de haber fracasado, ven en la docencia la salida «fácil», pues el sistema acepta a todo el mundo —es de lo más inclusivo— y la gente tiene derecho a ganarse la vida. Él no hace nada ilegal. Además, ¡qué caray... si faltan docentes! ¡Faltan muchos!

Pero a diferencia de lo que suele pensar la mayoría, no hace falta una gran vocación para hacer bien este trabajo. Solo hace falta ser competente, como en cualquier otro oficio, con o sin gorra.

EL MÁSTER DEL UNIVERSO

Falta gente, decíamos. En la bolsa de sustitutos de secundaria, hace tiempo que algunas especialidades —matemáticas, informática, lenguas clásicas...— están prácticamente vacías.

Por eso muchas sustituciones no se cubren y, si se cubren, lo hace alguien de otra especialidad.

Este año, en el instituto donde trabajo, ha costado Dios y ayuda cubrir la plaza de latín y griego. De hecho, estrictamente hablando no se ha cubierto: han ido pasando sustitutos y los alumnos han tenido cuatro profe-

sores diferentes durante el curso, con largas temporadas sin nadie.

(Nota: A raíz de la lectura de un artículo mío, una excompañera de trabajo, actualmente jubilada, profesional de trayectoria impecable, me escribe un correo electrónico, alarmada e indignada por el nivel de muchos docentes que empiezan ahora. Me dice: «A los candidatos a sustitutos o interinos, nadie les hace ni siquiera una entrevista para ver si son aptos para el trabajo, y luego ocurre lo que ocurre: no les gusta, fracasan y dan unas clases desastrosas o se piden la baja. Esto lo he visto con mis propios ojos, y ahora también lo sé gracias a lo que me cuenta mi hija. Por suerte ella ha aprobado las oposiciones y, por suerte, le gusta mucho su trabajo y tiene buenas aptitudes para desempeñarlo, aunque por ahora sigue con las sustituciones. Tenemos la sospecha de que todas las que ha hecho son de gente que se columpia. Tal vez los inspectores médicos deberían meter baza. En estos momentos ella está haciendo una sustitución de una sustitución, por lo que su plaza cuesta tres sueldos. Y no es un caso aislado. Si el incremento de presupuesto en educación debe destinarse a pagar esos fraudes, apaga y vámonos. Es evidente que hay docentes dentro del sistema que, independientemente de su valía intelectual, no tienen el carácter ni las cualidades necesarios para ponerse delante de una clase con treinta adolescentes. Dejarlos entrar sin control es como si se contrataran bomberos sin la preparación física ni las condiciones psíquicas necesarias y, entonces, estos se cogieran la baja por angustia, estrés o fatiga».)

Plazas de difícil cobertura, las llaman. Un clásico. Entonces la selectividad suele ir mal, a menos que los alumnos hayan recibido clases particulares.

¡Ah!, las clases particulares... Otro tema que tela marinera, porque no todo el mundo puede hacerlas. En la ESO da igual; allí tenemos a los alumnos razonablemente bien ocupados —pegando gomets, haciendo educación emocional y aprendiendo a perseguir unicornios— y no hace falta clamar al cielo. Pero después viene el bachillerato, y la selectividad, y la universidad, ¡y la vida!

Titular de *El Periódico de Catalunya*, 27 de diciembre de 2023: «La falta de profesores en secundaria abre la puerta a docentes sin titulación pedagógica».

«Titulación pedagógica.» Será un eufemismo para referirse al máster de formación del profesorado de la ESO y bachillerato, una formación presuntamente obligatoria y necesaria para ejercer la docencia, tanto en la escuela privada como en la pública.

A pesar de tratarse de una formación académicamente vergonzosa —mi peor experiencia académica con diferencia, ¡y he tenido muchas!—, primero tienes que pasar por caja: entre 3.000 y 8.000 euros, dependiendo de la universidad; y luego debes pasar por el aro: 60 créditos oficiales, unas 1.800 horas de teoría barata, trabajos, trabajitos y mucha ideología pedagógica indigesta.

Cuando empecé la licenciatura de Filosofía —300 créditos repartidos en cinco años académicos—, si querías dedicarte profesionalmente a la docencia tenías la posibilidad de hacer el CAP (Certificado de Aptitud Pedagógica) una vez finalizada la carrera. Incluso podías compaginar ese CAP con el último año de carrera. Todo

eran facilidades: era barato, eran pocas horas e ibas al grano.

A mí, sin embargo, y a tantos otros, el Estado nos estafó: nos cambió las normas del juego a media partida y, en el ecuador de la licenciatura, se nos notificó que se suprimía el CAP y que a partir de entonces deberíamos realizar un máster. *El Máster*. Una formación de 60 créditos pensados para complementar los 240 de los nuevos grados universitarios. Resumiendo: tuve que realizar 300 créditos de licenciatura más 60 créditos de máster, mientras que los universitarios que comenzaban un nuevo grado harían 240 más 60.

A esto se le llama «inseguridad jurídica». Empecé con una queja al síndico de la universidad, después presenté una queja al Síndic de Greuges de Catalunya y, finalmente, protesté ante el Defensor del Pueblo. De nada sirvió. De la misma forma que se aprueban leyes de educación en cada nueva legislatura —hemos sufrido nueve desde la Transición— y nadie se preocupa de evaluar sus resultados, también te cambian las reglas del juego a media partida y no ocurre absolutamente nada.

¿Qué pasaría si, a medio curso, a mí me diera la santa gana de cambiar los criterios de evaluación por capricho? Si no afectase de forma negativa a ningún alumno, sino al contrario, no pasaría nada de nada. No habría ningún problema. Incluso sería un profesor enrollado, un profesor guay, flexible, modernillo, un modelo a seguir. Ahora bien, si el cambio de criterio afectara negativamente a un alumno —o a más de uno—, al día siguiente ya tendría al inspector en el centro.

¡Ah!, los inspectores... ¿merecen un capítulo aparte? Al primero, lo conocí precisamente haciendo el Máster. Compaginaba el trabajo y el sueldo de inspector con el trabajo y el sueldo de coordinador del máster de la UNED en Girona. Psicólogo de formación, con vínculos en la política municipal, articulista esporádico, dudo que haya pisado un aula en toda su trayectoria profesional. Nunca me resolvió ninguna duda (ni una sola), ni a mí ni al resto del alumnado del Máster; siempre se excusaba diciendo que tenía mucho mucho trabajo. Una vez finalizado el Máster, eso sí, me felicitó porque, a su juicio, yo había «entendido perfectamente lo que se me pedía». En efecto: ya desde el principio, al ver que era incapaz de resolverme ninguna duda, no me paré en barras y dejé de molestarle.

PASTILLAS

Sin el Máster, se suponía que no se podía ejercer la docencia de ninguna de las maneras, ni yo ni nadie, ni en la privada ni en la pública, en ninguna parte. Eso era en el año 2011. Al finalizar la carrera, tuve la suerte de recibir una beca para realizar el doctorado y, en vez de cursar el Máster, tuve que hacer otro máster, uno diferente que me permitiera acceder al programa de doctorado.

Sin embargo, este último máster no me servía para ejercer la docencia. Y la tesis doctoral tampoco. Por lo tanto, una vez terminada la beca y la tesis, en el año 2014, tuve que hacer el Máster, esta vez sí. Pero ahora que les

falta gente, en 2024, el Máster ha dejado de ser un requisito imprescindible; todo el mundo cabe en el sistema, y ya hace tres o cuatro años que la «titulación pedagógica obligatoria y necesaria para ejercer la docencia en este país» ya no es tan necesaria.

Este cambio de criterio es de agradecer. Rectificar es de sabios. Conozco a un buen puñado de sustitutos que se han plantado en su nuevo puesto de trabajo a las ocho de la mañana y, antes de concluir la jornada laboral, se han pasado por dirección a fin de despedirse y renunciar a su plaza. Que eso no es para ellos, suelen decir, que no es lo que se esperaban.

¡Ay, cielito!

¿Qué soñaban con encontrarse en las aulas? ¿Algo de reconocimiento? ¿Un trabajo con sentido? ¿Estabilidad psicológica? ¿Alumnos motivados? ¿Un buen horario? ¿Muchas vacaciones?

(Nota: Al menos ahora las nuevas hornadas de sustitutos ya no tendrán que perder el tiempo ni el dinero haciendo el Máster antes de autodespedirse.)

El año pasado apareció la sorprendente noticia de que en Corea del Sur, uno de los países líderes en educación, se produjo una huelga masiva de profesores para denunciar el acoso al que se veían sometidos por parte de padres y alumnos. El detonante de la huelga fue el suicidio de una profesora abrumada por la excesiva carga de trabajo y la ingratitud del alumnado y sus familias.

Caray, pensé al leer la noticia. Hasta ahora, Corea del Sur había sido uno de los países con mejores resultados académicos, pero arrastraba el estigma del elevado —¡demencial!— índice de suicidios entre los estudian-

tes, dada la naturaleza ultracompetitiva de su sistema educativo. De hecho, es un estigma que aún conserva, pese a los reiterados intentos del Gobierno del país asiático por remediarlo.

Recuerdo que esta noticia coincidió con otra aparecida en nuestro país: la triste realidad de una profesora de música que había sido acosada sexualmente por cinco alumnos de tercero de la ESO. ¿Cuáles fueron las consecuencias para los alumnos acosadores? Casi nada: siguieron tan anchos, disfrutando de sus derechos —el derecho de ser evaluados, por ejemplo— y desconociendo cuáles eran sus deberes. En cambio, la profesora, que para más inri era interina y no tenía plaza en el centro, no solo vio socavada su salud mental, sino que no recibió ningún apoyo de las autoridades educativas ni de la dirección del centro; al contrario, llegaron a insinuar que quizá ella —con su actitud, su forma de vestir, su maquillaje...— había tenido la culpa.

Depresiones entre el profesorado, ansiedad, estrés... es un tema algo tabú. Es desagradable y, a la persona que habla de ello, la vuelve más desagradable.

En varias ocasiones he pedido públicamente que las autoridades educativas se dignen a publicar los datos de bajas entre el profesorado por motivos de salud mental. Nada, ni un dato.

(Nota: Cifras de suicidios relacionados con la docencia, todavía menos.)

Hace poco, un buen amigo me comentó que estaba de baja por ansiedad, y eso que ya tenía cierta experiencia en el aula. Interino, especialidad de matemáticas. Los alumnos le hacían la vida imposible, le rodeaban, lo

acosaban... Había decidido que, cuando se le terminara la baja, renunciaría a la plaza de interino y abandonaría definitivamente la docencia. Y lo ha hecho.

Otra amiga —esta sí que había hecho el Máster, y también el doctorado, y el otro máster— llegó a una situación límite por estrés y ansiedad y tuvo que permanecer varios meses de baja. Al volver al trabajo, se presentó medicada, naturalmente, bastante medicada, y cuando entró en el despacho del director, se sentó y reveló en confianza que se estaba medicando, que nunca lo habría dicho, pero que ahora debía medicarse. Tremenda fue su sorpresa cuando el director del centro le confesó, también en confianza, que no padeciera ni se sintiera mal, porque él también se medicaba y que, «si no fuera por las pastillas, medio claustro no podría ir a trabajar».

SUERTE DE LAS VACACIONES

«Los maestros tienen muchas vacaciones.»

CD (COMPETENCIA DIGITAL)

De vez en cuando, los alumnos hacen huelga. (Los profesores también, pero a nosotros nos lo descuentan del sueldo.) Los motivos de las huelgas —las de los alumnos— son de lo más pintorescos. En la última que hubo, protestaron por el maltrato que reciben por parte de los profesores, unos seres supuestamente sádicos y quejicas.

Yo, que con mi alumnado no hablo nunca de política, ni de drogas, ni de sexo ni de religión —ni de mí mismo—, al enterarme del motivo de la huelga no pude contenerme y solté un minidiscurso encendido en medio de la sesión.

«¡Pero qué os habéis creído!»

No es habitual, pero tampoco era la primera vez.

No hace mucho me encontré casualmente con mis propios apuntes de historia de la filosofía colgados en internet. Técnicamente no son míos, sino que los heredé de un exprofesor con quien aún tengo amistad.

No obstante, son documentos no públicos, valiosos, que comparto con los alumnos y que me sirven para orientar las clases. Algún alumno —o más de uno— había subido los apuntes a internet, impunemente.

Nadie me pidió permiso.

Nadie me informó.

Y todavía están ahí, con el nombre y los apellidos del autor sin que él tenga conocimiento alguno.

Qué vergüenza, qué cara.

Competencia digital, lo llaman ahora. Educación *en* —y *con*— valores.

PACTOS TÁCITOS

Lo dicho: los alumnos, de vez en cuando, hacen huelga. Hace tres o cuatro años, durante todo un curso hubo convocada una huelga cada viernes; unos treinta y tres días lectivos, aproximadamente.

El motivo: protestar por la degradación del medio ambiente.

Cualquier excusa es buena. Esta última vez —en la huelga del maltrato—, los alumnos de segundo de bachillerato aprovecharon la ocasión para quedarse en casa y terminar de pulir su TR, el temido trabajo de investigación que en Cataluña representa un 10 por ciento de la nota final de la etapa de bachillerato.

Todo cuadra: un sindicato juvenil independentista —y feminista y comunista y ecologista— que siempre vela por el bien del alumnado del país convoca, con la excusa del presunto maltrato, una huelga en Cataluña —siempre en Cataluña— para que los alumnos catalanes puedan acabar un trabajo de investigación que únicamente se realiza en esta comunidad autónoma y en las Islas Baleares.

Los docentes de Cataluña somos de los que menos cobramos del Estado; por el contrario, las autoridades educativas catalanas son las que más cobran de todas las autoridades educativas estatales.

Posible titular:

«La Generalitat no paga ningún plus a los profesores por dirigir, tutorizar y evaluar trabajos de investigación».

El despliegue logístico que conllevan estos trabajos es tan ingente y enrevesado que, en estos momentos, después de más de veinte años de haberse puesto en marcha este programa, no conozco ningún instituto que lo tenga bien resuelto. Y me he encargado de preguntarlo aquí y allá...

Os confesaré un secreto: la mayoría de esos trabajos dan pena. Y mucha. Hay pocos alumnos que se motiven y le saquen provecho. Solo pueden sacarle rédito aque-

llos que, además de ser alumnos excelentes —o directamente brillantes—, en verano no han de trabajar.

Es un quebradero de cabeza tanto para el alumnado como para el profesorado. Por eso la inmensa mayoría de los trabajos no tienen ningún interés ni fiabilidad. No pueden salir de los institutos: la parte teórica es copiada íntegramente de internet —o hecha con inteligencia artificial— y la parte práctica es risible. ¿Pero qué vas a decirles? ¿Qué quieres hacer? ¿Acaso lo haríamos mejor nosotros, los profesores?

«Los alumnos saben que nosotros sabemos que ellos saben...»

Hay un pacto tácito: tú, alumno integrado en nuestro sistema educativo, el sistema más avanzado de Europa del Sur —el sistema que te garantizará una educación pública y de calidad—, disimula que has copiado de internet, finge que este trabajo te importa —que has investigado, que no te has inventado los datos y las entrevistas—, y nosotros te aprobaremos. Incluso te pondremos buena nota si intuimos que has alcanzado correctamente las competencias requeridas.

MARCA DE LA CASA

28 de diciembre de 2023. Santos Inocentes. La consejera de Educación de Cataluña, @AnnaSimo, ha puesto un tuit:

Hoy he mantenido una reunión con la ministra @pillar_alegria. Hemos hablado de *políticas de fondo* [la cursiva es mía] y del Plan de trabajo de legislatura que le hemos

hecho llegar. El Estado debe corresponsabilizarse de los retos de la educación en Cataluña. Debe acompañar con recursos la normativa que impulsan.

Pasemos el traductor. Cuando la consejera dice «políticas de fondo», significa, en esencia, que los docentes catalanes —quienes trabajamos en Cataluña— en un futuro próximo tendremos que depender única y exclusivamente de la Generalitat, no del Gobierno central.

Me veo (re)convertido, dentro de poco tiempo, en un animador cultural, en un *coach* o en un especialista en gestión emocional. Cobrando la mitad del sueldo, eso sí.

No, no es una inocentada.

Pienso en lo genuino, en lo que nos distingue: los inefables TR, el abandono escolar, las autoridades educativas que nunca han pisado ningún aula, una enseñanza por proyectos que nadie entiende, el espantoso ridículo de los últimos resultados del informe PISA, las plazas perfiladas... Me detengo aquí. Plazas perfiladas.

Pienso en el filósofo francés Michel Foucault, en su minucioso análisis de los mecanismos de poder, los resortes de la docilidad, el servilismo... Cataluña es el único territorio del Estado en el que puedes encontrar este tipo de plazas.

Son plazas públicas que funcionan por mecanismos «privados» —algo de lo más opaco—, otorgadas por la gracia del director feudal de cada centro: entrevistas sumarias, nombramientos a dedo, caciquismo...

En los claustros de los institutos ya hace tiempo que nadie dice nada, nadie protesta, nadie levanta la voz. Y es que, en el fondo, los docentes somos agradecidos

por naturaleza, por nada del mundo morderíamos la mano que nos da de comer.

NO ES BROMA

En tercero de la ESO hay alumnos que realizan la asignatura de emprendimiento.

¿Quién la imparte?

Un funcionario.

EL SISTEMA

Cuando hace casi diez años decidí ser profesor de secundaria —en la especialidad de filosofía—, ya era consciente de que el sistema educativo del país no funcionaba muy bien. Estaba al corriente de todo porque tenía conocidos que me informaban con detalle y honestidad.

La inmensa mayoría de los que trabajaban en secundaria me recomendaban que no hiciera de profesor, que buscara una alternativa, y me ofrecían un amplio abanico de argumentos. Sin embargo, en ese momento, no sé si por idealismo bobo o sencillamente porque siempre me ha gustado dar y recibir clases, no los escuché y me lancé.

Quizá pensaba, ¡alma de cántaro!, que el sistema, el omnipresente sistema, se podía enderezar desde dentro con buena disposición y buena voluntad. O quizá en ese momento me sentía en deuda con esa cosa tan etérea que llamamos *sociedad*, porque después de haber estudia-

do en una universidad pública y de haber podido hacer el doctorado con una beca también pública, quería que mis conocimientos —fueran muchos o pocos— prestaran algún servicio a la comunidad, más allá del servicio que me hacían a título individual como escritor, como ciudadano y como persona.

Así pues, tras años y años chocando con el sistema para intentar —¡oh, sorpresa!— hacer de profesor, para intentar que mis alumnos aprendan algo sustancial —me refiero a contenidos que vayan más allá de la educación emocional, las pantallitas y los bloques de plastilina—, me doy cuenta de que quizá tienen razón aquellos que, adictos a los percales emocionales del alumnado e incapaces de leer ningún libro —aunque después promuevan y promocionen la lectura entre los alumnos—, me dicen que la secundaria no es mi lugar (¿y cuál es, pues?), que la educación ha cambiado mucho y que los alumnos de ahora no desean lo que yo puedo ofrecerles.

Pero no es cierto que los alumnos no quieran clases intelectual y artísticamente estimulantes, al menos la inmensa mayoría de los que yo he conocido. Es importante no insultar su inteligencia, no subestimarlos, no infantilizarlos, exigirles un buen rendimiento académico desde la coherencia y la honestidad.

La prueba: cada año, durante el curso —o al terminarlo y despedirme de los alumnos, una vez ya evaluados—, siempre hay algunos que me envían correos electrónicos de agradecimiento por las clases, por la dedicación, por el mundo que se les ha abierto gracias a la filosofía. Y me ocurrió exactamente lo mismo cuando hice de profesor de lengua catalana y literatura en la pri-

vada. De hecho, desde que trabajo de profesor, cada vez que he publicado un libro tanto alumnos como exalumnos míos han asistido a alguna de las presentaciones.

Obviamente, nunca llueve a gusto de todos y seguro que habrá muchos a quienes no les gusten mis clases, mi estilo ni mi talante —incluso habrá quienes me odien con ese odio tan absurdo, tan gratuito, tan adolescente, que todos debemos de haber experimentado alguna vez—, pero el esfuerzo que yo le dedico —antes, durante y después de las sesiones— no es menor.

(Nota: Al principio me costó muchísimo encontrar la «fórmula» para transmitir conceptos complicados, a menudo abstrusos, de una manera didáctica y atractiva para que los alumnos pudieran apropiárselos, hacérselos suyos a pesar de la abstracción característica de la filosofía. En este sentido, no hace falta innovar mucho, sino adentrarse en la materia, o en la didáctica de la materia, si se prefiere.)

Recuerdo la ilusión que sentí un día de septiembre —justo el día en que se me acababa el paro— cuando me llamaron de una escuela privada para ofrecerme trabajo. Empezaba al día siguiente. Fue una ilusión similar, *mutatis mutandis*, a la que sentí cuando supe que se publicaría mi primer libro, que ya es decir.

El sueldo era indecente, insultante —unos 900 euros al mes a jornada completa—, pero me hacía ilusión. Después de años de investigar, de leer y leer, necesitaba ponerme a prueba. Necesitaba acción, dar clases, sentirme útil. La docencia me atraía y reclamaba. Al menos debía probarlo, debía dejar de tener asuntos pendientes conmigo mismo.

Actualmente me planteo cambiar de trabajo, o como mínimo combinar la docencia con otra profesión. Tengo la sensación —por no decir la certeza— de que nos han cambiado el trabajo, o de trabajo. Además del prescriptivo rol de policía, ahora debes ser una especie de animador cultural de los niños. Si no quieres problemas, debes entretenerlos con juegos, yincanas, canciones y pantallitas porque tu trabajo es vigilarlos y, sobre todo, procurar que se lo pasen en grande, que no aprendan mucho salvo a autogestionarse emocionalmente, y a veces ni eso.

Al mismo tiempo debes ser un burócrata de lo más entregado y eficiente, porque la cantidad de tiempo que perdemos haciendo gestiones administrativas no solo nos quita tiempo para dedicarnos a preparar clases —actualmente no creo que ningún profesor disponga de ese tiempo—, sino que tanto papeleo genera una extraña sensación de vacío y de nihilismo.

Añadamos también la obligación de convertirnos en comerciales de nuestras materias o asignaturas. Con la excusa de que el alumno debe diseñar su propio currículum —la versión joven del neoliberal «sé empresario de ti mismo»—, los profesores debemos «vender nuestro producto». Como es natural, los alumnos quieren aprobar y se apuntan a las materias en las que nadie suspende, a la vez que se les priva de obtener unos conocimientos que, por sí mismos, muy probablemente no obtendrán jamás.

Y para colmo, los profesores también debemos ser espléndidos psicólogos y educadores sociales infatigables. Se necesitan psicólogos y educadores sociales en las aulas

—¡a fe de caballero, que se necesitan cada vez más!—, pero los profesores no podemos asumir como labor principal una que no nos compete, o no nos debería competir. Podemos ayudar en ese aspecto, en efecto, e incluso aplicar el sentido común. Ahora bien, a mí me parece una falta de respeto para el alumnado con necesidades educativas especiales que sea precisamente el profesor —aquel que tiene que enseñarle algo— quien tenga que atenderle como psicólogo y como educador social, y más cuando no existen los recursos para hacerlo. Afortunadamente, hay gente formada en esos ámbitos y les corresponde a ellos, y no a nosotros, realizar esa tarea.

Ahora se habla mucho de la escuela inclusiva. Se habla tanto de ella que no existen ni los recursos para llevarla a cabo o hacerla efectiva. ¿El resultado? Este último curso está viniendo al instituto una chica, pobre, que da mucha pena, al menos a mí me la da... Se la ve siempre sola, sin amigos, desvalida, desatendida la mayor parte del tiempo, ignorante de todo lo que la rodea. ¿No habría estado mejor en otro sitio?

(Nota: En Twitter, @mauletaonfire escribe lo siguiente: «En segundo de la ESO yo tengo a una alumna con una capacidad cognitiva de una niña de 6-7 años dentro de un grupo de treinta alumnos. Tiene dos horas de veladora a la semana. No la podemos atender como debería. No tiene amigos/as y los profesores nos pasamos el día protegiéndola. Sería más feliz en una escuela especial».)²

2. Véase: <<https://twitter.com/mauletaonfire/status/1766590563271209224>>.